

SUSTANCIA Y VALOR DE UNA HISTORIA SOCIAL

Frank A. KNAPP

EL TERCER TOMO de la *Historia moderna de México*, como los anteriores, resiste abiertamente el intento de escribir una crítica digna de su amplitud, de su detallada riqueza, de la captación de una época, de una tierra y de su gente, de la forma en que vivió, se divirtió y pensó. Hasta una enumeración de sus temas inevitablemente pasaría por alto todos aquellos que, tratados con emoción y realismo, están diestramente entretejidos dentro de las divisiones mayores de la obra. Quizá lo honrado sería advertir al lector desde ahora que este comentario es apenas una rápida ojeada a la mina de materiales que se encontrarán en sus mil y tantas páginas.

Puesto que el campo de la historia social es bastante más flexible que el de las historias política y económica, el contenido y organización de este volumen (mejor dicho, de varios volúmenes integrados en uno solo) son, quizá, sus características más llamativas.

Por fortuna, los autores interpretaron con amplitud la definición de historia social: estas páginas no sólo se refieren a temas generalmente tratados en obras de esta índole, a saber: demografía, clases socio-económicas, vida en el campo y la ciudad, ritos religiosos y costumbres, educación pública y privada, diversiones, preocupaciones y logros culturales, sino también de etnología, antropología, geografía física y económica, ideología y aspiraciones nacionales.

La organización refleja un plan de trabajo y una coordinación meticulosos, pues los sucesivos capítulos van de los temas generales a los más particulares. El enfoque de los temas principales, con pocas excepciones, alcanza una dimensión propiamente nacional.

La Primera parte, "El hombre y la tierra", escrita por Luis

González, es un examen descriptivo, hecho por regiones y por Estados dentro de cada región, de la geografía física y económica de México y un análisis de los nueve millones de habitantes que vivían en el territorio hacia 1870.

Son particularmente valiosos el examen sobre la distribución de la población rural y urbana, la explotación de la tierra y los obstáculos físicos que se oponían al transporte y a las comunicaciones, punto éste que se trató reiteradamente en el segundo volumen.

En esta monografía se encuentran, hábilmente entretejidos, temas como enfermedades y pestes peculiares de cada localidad, particularidades climatológicas y sus efectos en la población, la aparición y crecimiento de las principales ciudades provincianas durante esta época, así como un estudio de los más destacados geógrafos y demógrafos y de sus principales obras. Esta introducción da un fondo, vivido y detallado, de las condiciones fundamentales de vida y de la manera de ganarse el sustento durante la República Restaurada. No debe olvidarse un estudio ilustrativo sobre la fe que se ponía entonces en la riqueza económica latente de México y en la inmigración como medio de suplir sus limitados recursos humanos en las regiones de escasa población.

La Segunda parte, "El subsuelo indígena", escrita también por Luis González, es un compendio verdaderamente notable que trata de las razas indígenas, de su nivel cultural y de sus formas de vida durante la República Restaurada. Realizada con asombroso detalle y precisión científica (la presentación se hace según la distribución geográfica de los grupos étnicos), es, al mismo tiempo, descriptiva y analítica de los dialectos aborígenes, demografía, costumbres, hábitos, vestimenta, ceremonias religiosas, ritos y supersticiones, metas económicas, alimentación y albergue, relaciones con los elementos europeos de la población y muchos otros temas conexos.

El indio, que constituía al principio de la década republicana cuando menos el 37 por ciento de la población total, se presenta, así, con la perspectiva que le corresponde dentro de la historia social mexicana.

La simetría y el alcance de esta brillante monografía tienden a ser enciclopédicos, pero la mayor parte de ella es fascinante, de lectura variada y de un valor informativo incuestionable.

Solamente para señalar algunos de sus pasajes más fructíferos citaremos los siguientes: el *habitat* y las costumbres de los seris; las orgías festivas de los yaquis; el grado de absorción del cristianismo logrado por las varias tribus; la vida y hechos del famoso cacique Losada; las teorías liberales reformistas para educar, mejorar e incorporar al indio a la vida nacional; descripción de las condiciones de la vida indígena en las proximidades de la capital y las guerras religiosas y de castas entre indios y blancos, particularmente en Sonora, Yucatán y Chiapas.

El aspecto de esta parte, que es quizá la que invita a pensar más, es la comparación subconsciente que hace el lector con el programa que México ha emprendido desde 1920 para mejorar la suerte del indio e incorporarlo a la vida nacional. En rigor, este estudio —combinación de historia, antropología, etnología y lingüística— logra dar sentido y relieve a los tiempos actuales.

La Tercera parte, "La escala social", escrita por Luis y Armida González, es una estimulante visión de la vida mexicana desde el punto de vista de las clases socioeconómicas, con un tratamiento minucioso de los elementos urbanos y rurales, sus medios y formas de vida.

El lector visita la propiedad del gran hacendado, entra en la miserable choza del peón agrícola y descubre la disparidad entre las necesidades de la familia y los medios con que cuenta para satisfacerlas, explicación ésta de su perpetuo estado de deuda; es testigo del asalto a una diligencia y del saqueo de una hacienda, ocupación lucrativa de una numerosa clase de bandidos; conoce al sacerdote-ranchero de las regiones rurales, quien ejerce dos profesiones, y observa el vestir y la vida negligente del *dandy* ciudadano.

El tratamiento de importantes grupos sociales marginales (los mutilados, los pordioseros, los rateros, los bribones, los enfermos, las prostitutas, los sin hogar y los vagos en gene-

ral) da colorido, amplitud y realismo a esta parte. Para mí, las páginas sobre el proletariado urbano y los artesanos, sus intentos para organizarse en sociedades cooperativas, su actitud hacia el incipiente grupo de empresarios industriales y su reacción hacia el marxismo y otras filosofías económicas de tipo radical, abren una brecha a la historia inicial del movimiento obrero mexicano.

La Cuarta parte, "La vida cotidiana", escrita por Emma Cosío Villegas, es menos formal en su estructura que las partes anteriores, y de un estilo rápido y vivaz; amalgama gran variedad de temas y los convierte en un entretenido retrato de la época: el vestido, los deportes, diversiones; amueblado de las casas y su decoración; costumbres para hacer la corte, y la coquetería; tiendas, mercados y el despliegue de sus mercancías; bailes y entretenimientos formales de los ricos; festividades religiosas, fiestas cívicas nacionales y otros muchos temas. El talento de la autora para lograr una descripción vivida es una de las características salientes en esta parte. Cualquier práctica social que el lector desee escoger —especialmente en la metrópoli—, se encuentra en estas páginas: un paseo por la Alameda, haciendo una pausa para escuchar el concierto de una banda militar; una comida elegante en el Tívoli o en la Concordia; los restaurantes de moda en aquella época; una visita a los baños públicos; una caminata a lo largo del famoso Paseo de Bucareli; la asistencia al "santo" de un miembro de familia encopetada de la capital, en que se prueban bebidas exóticas; un viaje al campo para un almuerzo campestre u otra excursión similar; una comida en uno de los pequeños cafés o cantinas de la esquina, que frecuentaban las clases humildes.

Estos episodios, y otros muchos, que eran comunes en la vida diaria de las diferentes clases sociales mexicanas, recrean una época pasada con un toque humano que escapa tanto a la historia política como a la económica. Insertada en un punto lógico, en el orden de la obra, la Cuarta parte contribuye a mantener el interés del lector.

La Quinta parte, titulada "La diversión compensadora" y escrita por Guadalupe Monroy, trata de las artes dramáticas

propiamente dichas (drama, comedia, ópera, zarzuela, revista) y de varias diversiones para las masas (romerías, corridas de toros, peleas de gallos, circo, ferias), e inicia una serie de tres monografías especializadas que completan el examen más general hecho en las cuatro partes anteriores.

Este ensayo nos muestra cómo la gente, rica o pobre, gastaba su tiempo y su dinero en diversiones públicas. La mayor extensión se la llevan el drama y la ópera (es notable la acogida dispensada entonces a los artistas mexicanos y extranjeros y a sus actuaciones), pero tiene también un tratamiento excelente, si bien más condensado, de las diversiones populares, como las famosas ferias de Aguascalientes y San Juan de los Lagos, los magos y espiritistas, los títeres y las ascensiones aerostáticas.

La cronología y el repertorio teatrales parecen detallados en exceso, con detrimento de otros temas, pero aquí también está presente la admirable amplitud que caracteriza a todo el volumen. Una descripción singularmente entretenida es la de los teatros de la ciudad de México y de las reacciones del espectador ante los espectáculos que en ellos se ofrecían.

La Sexta parte, "Instrucción pública", cuya autora es Guadalupe Monroy, presenta detalladamente la situación, los cambios y la filosofía de la educación durante la década 1867-1876. Va precedida por una síntesis interpretativa de historia de la educación de 1821 a 1867. Comprende virtualmente cada uno de los aspectos de la vida educativa en el país: educación primaria, secundaria, superior, vocacional y profesional; legislación educativa para aplicar las teorías positivistas; planes de estudio y experiencias obtenidas con estos planes; teorías positivistas de la educación y sus principales exponentes; libros de texto, materiales, equipo y edificios escolares; financiamiento de la educación; instituciones prominentes de enseñanza superior, en la metrópoli y en la provincia; preparación de los maestros y el magisterio como clase social profesional.

Diseminados por el capítulo, y con efectividad pronunciada, se encuentran varios datos estadísticos relativos a los temas mencionados y a la población escolar en general. Y combinados con las estadísticas, comentarios analíticos que

revelan en forma precisa la situación de la educación, la distancia entre la teoría y objetivos liberales y la situación real. Por ejemplo, de cada veinte, sólo un niño en edad escolar gozaba de instrucción. A pesar de que ningún título lo indique así, también se estudian las escuelas privadas (laicas y religiosas).

Existen párrafos interesantes sobre la contribución del sistema lancasteriano de enseñanza, la controversia sobre la abolición de la instrucción religiosa en las escuelas públicas, la disciplina escolar y las condiciones que prevalecían en algunas instituciones de enseñanza superior.

La Séptima parte, "Las letras y las artes", hecha por Guadalupe Monroy y Emma Cosío Villegas, está íntimamente relacionada con la instrucción pública: es un examen equilibrado de los intereses culturales y de los logros literarios y artísticos durante la República Restaurada. Los esbozos biográficos de escritores y artistas mexicanos (son particularmente buenos los del escritor Altamirano y los de los pintores Velasco y Cordero), de la crítica coetánea a sus trabajos, del papel desempeñado por pintores y escultores extranjeros en el progreso artístico de México, de los miembros y de las actividades de las sociedades mexicanas literarias y culturales y de la influencia de la Academia de San Carlos y de la Sociedad Filarmónica en la música y el arte, constituyen una lectura entretenida e informativa.

La crítica descriptiva de la pintura —una tarea cuya composición es sumamente difícil— está lograda con habilidad. Por lo que respecta a la literatura, Guadalupe Monroy insiste en forma desusada en Altamirano, en su aspecto de genio literario y como impulsor del esfuerzo e interés literarios durante esta década del siglo xix.

Aceptando la importancia de Altamirano, estimo que su estatura ha sido un poco exagerada con relación a otras figuras literarias contemporáneas, también importantes. Asimismo, parece haberse descuidado la historia y el periodismo, dos de los medios de expresión más generales de la época. Éstas son, sin embargo, críticas menudas y admito que denuncian gusto e interés personales. Un escritor debe seleccionar y

no se puede esperar de él que complazca a todos los lectores en todas las cosas.

EL TERCER VOLUMEN de la *Historia moderna de México*, como este extenso resumen de su organización y contenido ha querido indicar, nos entrega un asombroso y rico material, presentado por varios autores. Sin embargo, tiene rasgos sobresalientes que pueden aplicarse uniformemente a todas las partes, algunos de los cuales deben señalarse brevemente: cada uno de los temas mayores está ligado, sucinta y acertadamente, al pasado histórico de México, cualidad que hace de esta obra una contribución a la totalidad de la historia mexicana. Un juicio realista e imparcial prevalece en toda ella. Cada autor ha presentado las condiciones sociales y las instituciones tal como eran en aquella época, y ha señalado claramente la distancia que mediaba entre la teoría y la ideología de la Reforma, las condiciones que estorbaban el avance y lo patéticamente escaso que se había logrado en el capítulo del progreso social.

En tercer lugar, la forma en que se maneja la religión, su práctica y su influencia en la vida mexicana durante este período, es un logro de organización único y efectivo.

El papel de la Iglesia y la religión, que no se ha tratado como un tema separado, se encuentra magistralmente entretejido en todas las partes y temas del libro. Se le puede encontrar en los pasajes sobre días festivos, sobre las ferias, las razas autóctonas, instrucción pública y privada, clases sociales, el antagonismo contra las misiones protestantes, instituciones de caridad, administración de hospitales, pintura, y en muchos, muchos otros.

Paradójicamente, uno de los méritos mayores de la obra es, al mismo tiempo, una de sus principales debilidades. Los estudios de dimensión nacional sobre población, razas autóctonas, escuelas, hospitales, varias instituciones sociales y otros temas, que tienen el admirable objetivo de incluir todo, tienden a volverse enciclopédicos y tediosos para el lector. Este enfoque, sin embargo, convierte al tercer volumen en fuente de referencia histórica de inestimable valor. Lo que se gana

así, compensa con creces el inevitable sacrificio de un interés de lectura sostenido y uniforme.

Las ilustraciones de escenas en la ciudad y en el campo, de tipos de clases sociales, retratos de prominentes figuras en el campo de la cultura, la literatura y el arte, y reproducciones del arte de la época, son tan abundantes y efectivas como las de los dos volúmenes anteriores.

Una doctrina cardinal, de aparente aceptación general entre los críticos profesionales, es la obligación absoluta de criticar en sentido adverso. Quien esto escribe no se adhiere a esa opinión, y en este caso no podría hacer comentarios críticos que no resultaran desproporcionados ante los innumerables méritos de este libro. El espacio que se podría dedicar para lanzar reparos menudos debería quizá aprovecharse mejor para echar una amplia ojeada retrospectiva a los primeros tres volúmenes de la *Historia moderna de México* y para meditar sobre su significado en la literatura histórica mexicana.

Obvia e innegable es la posición clásica que estos tres libros, que significan un esfuerzo erudito de proporciones abrumadoras, tendrá como presentación completa de la República Restaurada. Es también obvio que ellos serán la base indispensable para la historia del Porfiriato y un punto de partida y patrón de referencia no sólo para la época a que se refieren (1867-1876), sino también para todo el movimiento del México independiente hasta 1876.

Más aún, la metodología aplicada a la investigación, organización y coordinación de este grandioso proyecto, bien pueden imponer un nuevo modelo y patrón para la producción subsecuente de la historia nacional de México, resultado que mucho debe desearse. Pero la verdadera grandeza de esta trilogía estriba quizás en la profundidad del significado que trae para el México de hoy, su ideología, programas, aspiraciones nacionales y sus logros. Pues es indudable que el presente, con sus similitudes, diferencias y transmutaciones, tiene raíces en la Reforma y en la República Restaurada, que han sido desenterradas por estas tres mil y tantas páginas de bien organizada literatura.

Para el director y para todos aquellos que contribuyen en los primeros tres volúmenes, tengo solamente elogios y admiración incondicionados por sus perdurables contribuciones. Estos comentarios son, por supuesto, incompletos. Sin embargo, tengo una profunda estimación por el presente y el futuro significado de estas obras, la visión que las inspiró y la valentía intelectual y el esfuerzo que fueron esenciales para su término.